

DE NUESTROS COLABORADORES

INTERESES ESTÉTICOS

LA IGLESIA DE SANTIAGO

Hace varios meses que «Buena Intención» hizo en este periódico un llamamiento loable. Tratábase de algo a favor del templo de Santiago en Ciudad-Real, uno de los más admirables de la provincia, alabado por el cultísimo Ramírez de Arellano en sus «Antiguallas Manchegas».

Supongo que a estas horas, la famosa Iglesia se habrá bellamente restaurada. Sobre todo, su magnífico techo mudéjar, estará libre de aquellas bóvedas absurdas que lo ocultaban a la general admiración. Así es de creer, dada la cultura artística ahí y la pericia de mi docto compañero el Ilmo. Sr. Delegado Regio Bellas Artes de esa provincia.

En aquel artículo de *Buena Intención* se hacía un llamamiento a «los amantes de Dios, del arte y de Ciudad-Real» y, como nosotros tenemos muy hondos esos tres amores, permitánsenos unas palabras, en recuerdo de cierta visita al templo de Santiago, que hicimos hace ya varios lustros.

Ibamos en compañía de algunos intelectuales de esa capital, enamorados también de cuanto significa belleza y arte. La plaza solitaria en que se yergue la Iglesia, ofrecía ese aspecto silencioso y melancólico característico de los viejos rincones manchegos, no obstante ser mediodía y alumbrarla un sol radiante.

Entramos: una quietud severa y fuerte, nos lleva las evocaciones de siglos pretéritos al espíritu. Era aquello un mundo aparte, quieto, en medio de la marcha de la vida. La luz, amortiguada al penetrar por los altos y estrechos ventanales, daba al interior una melancolía convencional, que resulta para nosotros inconfundible e inolvidable.

DIETARIO SENTIMENTAL

LA ÚLTIMA CARTA...

«Nati, queridísima Nati: Habrás de perdonarme. Hoy comprendo el daño cruel que te inferí, durante el tiempo, que te hice creer en un amor que acaso no sentía, porque mi corazón, mi alma toda, la creía ya de otra mujer.

Eres injusta conmigo, aunque comprendo tu desesperación, pero nunca creí que llegaras a enamorarte por lo cual nunca estuve de tí enamorado. Te consideré como a una de tantas modistillas de la Corte, es decir, creí, que nuestras relaciones, no tenían otro fin, que el de pasarlo lo mejor posible ambos, y, que, una vez terminada mi carrera nos separaríamos «para siempre», con unas lágrimas, por que yo, aunque parezca cruel, como me dices en tu última carta, sabes que en el fondo soy un sentimental.

Bien es verdad, querida Nati, que ni un momento pensé en tus pocos años, y que nunca aprecí tu romanticismo, acaso por padecerlo yo también. Pero... he de decirte, que mi equivocación ha sido enorme, porque ahora, ya lejos de tí, es cuando he comprendido, lo mucho que te amaba.

¡Si pudieras comprender con cuanto cariño, recuerdo de sacrificar todo mi ideal, para casarme, enamorado tan solo de la belleza física, existiendo en tí, en grado superlativo la belleza moral, espiritual, tan grandiosa y sublime?...

Y nada más... Espera, que pasados unos días, cuando do, en estos momentos, los cuatro años de nuestro no-

Subimos a lo mas alto, para ver bajo la cubierta a dos aguas el viejo techo del siglo XIV. La madera, a trozos destruida, ofrecía un aspecto desconsolador. Resultaba difícil moverse por sobre el maderamen informe, poniendo los pies en las vigas recubiertas por el polvo de los siglos. La parte que mejor se conservaba no podía ser vista, porque la escasa luz de los ventanucos apenas lo permitía.

Descendimos, luego, con el alma un poco dolorida ante aquel abandono. No comprendíamos que se hubiesen gastado cantidades respetables en ocultar lo más bello del templo con unas bóvedas anodinas, carentes de toda elegancia y espiritualidad. No comprendíamos tampoco que aun estuviese sin descubrir el admirable techo, por insidia indisculpable, ya que apenas necesitábase para ello unos ínfimos recursos económicos. La verdad, salimos de la Iglesia de Santiago confusos y llenos de estas tristes perplejidades...

Han pasado varios años. Gentes enamoradas de lo bello y de lo bueno comprendieron que debían restaurarse nuestras joyas artificias, y laboran para conseguirlas. Entre los que mas, se ha distinguido un escritor tan joven, animoso y culto como *Buena Intención*, a quien me permito felicitar efusivamente, animándole para seguir en la patriótica campaña emprendida.

Creo que tras el vigoroso esfuerzo se habrá conseguido mucho. Sigamos la obra, sin que nos detengan las frialdades estériles del ambiente. ¡No olvidemos los amantes de Dios, del arte y de Ciudad Real, que salvando del olvido y de la ruina nuestros tesoros estéticos, rendimos el mejor tributo y la mas delicada ofrenda a esos tres íntimos amores de nuestras almas!..

José M.^a LOZANO,

Delegado Regio de Bellas Artes de la provincia de Albacete

viazgo! ¡Ahora, nena mía, es cuando comprendo lo que tu has hecho por mí en ese lapso de tiempo! Mas espera... hay algo en tu carta que me ofende, y conviene que recuerdes que siempre obré contigo como un caballero y si bien es verdad que obré así, porque eras una mujer honrada, no olvides que muchas veces, cuando mi palabrería mundana caía a torrentes sobre tus oídos, y tus ojos negros se nublaban de lágrimas, lágrimas que yo a besos hacía desaparecer de tus mejillas, no olvides, que en esos momentos me hubiera sido muy fácil hacerte mía, mas siempre me detuve porque jamás pensé ser de tí... hasta hoy que comprendo que nos amamos con locura, con frenesí...

Si queridísima Nati, hoy, en esta noche en que una horrible tormenta parece acabar con la Naturaleza, he resuelto hacerte mi esposa. Y no creas que es una ofuscación, producida por mi borrachera de romanticismo, no. Sé comprendo el escándalo que con mi resolución voy a dar en este pueblecito, donde estaba para casarme ¿pero qué importa? Cúmplase el ideal ¿verdad?

¿Había yo de sacrificar mi ideal, y toda una vida, de soñador, para casarme con una mujer de pueblo, bellísima y honrada, eso sí, pero al fin educada en las costumbres y convencionalismos de los pueblos? ¿Había tus bellos ojos, fatigados por la labor del día, busquen reposo mirando hacia la calle, por ella verás cruzar al bohemio del sombrero de anchas alas que va hacerte su esposa...—Tu Juan José.»

Por la copia,

AGUSTÍN SÁNCHEZ DE LA NIETA.

Ciudad Real: Imp. de VIDA MANCHEGA